

# EL OLOR DE LAS HORTENSIAS

Pablo Puicercús Bolado



## Capítulo 1

Me había resignado a ver la amistad como un recuerdo idílico de juventud. No es que hubiera decidido evitarla, sino que había ido transformándose con los años en un sentimiento vano diluido en las obligaciones cotidianas. El recelo a esconder esos afectos en el fondo de un armario, a entablar nuevos contactos que hubieran podido enriquecerme, era mi respuesta a una larga lista de desagrazos y traiciones de diferente calibre con que me habían premiado personas en las que confié. Todo ello, me impulsó a levantar un muro circular dentro del que me mantenía a salvo de los conflictos, de los remordimientos, de la decepción. Cuando se alcanza mi edad, una aprende a defenderse de las desilusiones antes de que surjan.

Pero en ocasiones, por alta que sea la torre e inexpugnable resulte la voluntad, un pequeño colibrí puede sobrevolar los muros y picotear el alma desnuda.

Eso me ocurrió con el maravilloso viento fresco que portaba Pilar, frente al que era inútil cubrirse. Su vitalidad, su optimismo, su inteligencia me atropellaron, sin saber muy bien cómo había ido conquistando mi corazón. Puede que yo estuviera predispuesta a bajar el puente levadizo y dejarla entrar a sus anchas en el castillo, porque significaba todo lo que anhelaba sin estar buscándolo. Estaba tan hastiada de mí misma que necesitaba ese influjo y clarividencia que Pilar destilaba de manera natural.

Como tantas veces sucede con el amor maduro, nuestra relación nació cuando menos lo esperábamos, cuando las corazas estaban reblandecidas de tanto penar en la prisión de la rutina.

Nos conocimos en un curso de Iniciación a la Escritura Creativa en el centro cultural de nuestro distrito, organizado por la Asociación de Vecinos para amantes de las letras. Durante el año y medio anterior había ido rebotando con poco éxito por diferentes talleres de temática variada que me habían hecho dudar de su nivel y utilidad. Especialmente plomizo fue el curso de Historia del Arte, que me mortificó durante semanas antes de abandonarlo -sin duda por arrancar con el sobrio arte Asirio, que no me atraía en absoluto-, aunque también pasé por ciclos de música sacra y canto coral, y por talleres de acuarela, danza del vientre y patchwork. Esta era la última oportunidad que me concedía para encontrar una afición que expandiera mis horizontes, alentada por Juan Antonio y mis hijos, que insistían en convertirme en una pensionista

activa y ocupada.

He de admitir que, si no me había embarcado antes en el galeón de la escritura, fue por pura holgazanería. En mi fuero interno siempre tuve la fantasía vanidosa de perdurar, de dejar algo que me sobreviviera, pasando así de ser un recuerdo etéreo para mis nietos a una reflexión brillante en una hoja de papel.

Cuando llegamos a la sala el primer día nos sentaron en un semicírculo de sillas de pala: siete mujeres y un hombre dispuestos a desnudar nuestros sentimientos y vencer el ridículo de expresar con palabras lo que nos rebosaba el corazón. Aquel era mi mayor miedo: exponerme públicamente, algo que no recordaba haber hecho ni una sola vez en toda mi vida. Siempre había tenido a mis padres -y más tarde a Juan Antonio- para que miraran por mí, orientaran mis decisiones y señalaran en qué peldaño de la escalera debía poner el siguiente pie; con lo que casi nunca había tenido la necesidad ni el arrojo de sacar a flote mi carácter de mujer independiente; ya que no lo era. Me casé muy joven y seguí a pies juntillas el guion instaurado en la sociedad tradicional: casa, hipoteca, hijos, crianza, colegios, vacaciones en Roquetas, sumisión, menopausia, abandono, reflexión, añoranza.

Durante una hora, un escritor demasiado altivo para su escaso prestigio nos introdujo en el mundo de la imagen literaria, aseverando de manera incesante: << Esto se entiende, ¿verdad? >>; aunque parecía que, más que preocuparse por el fondo del mensaje, trataba de reforzarse en su faceta didáctica. Antes de acabar, nos enfrentó a nuestra primera tarea individual: confeccionar un relato corto y bucólico en el que describiríamos nuestro lugar favorito, el que evocábamos al cerrar los ojos y dejar correr los más dulces recuerdos. El trabajo sería presentado por turnos al resto de alumnos en la siguiente sesión.

Pasé toda la semana en un auténtico sinvivir, deambulando abstraída por la casa y los pasillos del supermercado tras la pista de una imagen que representara los mejores momentos vividos, armada con la pequeña libreta y el bolígrafo que durante esos días me acompañaban a todas partes, por si afloraba entre tanta confusión una idea superlativa. El sábado, dos días antes de la fecha de entrega, me decidí por un jardín de mi niñez, cuando veraneaba con mis padres en un diminuto pueblo de Cantabria. Recuerdo sobre todo la frescura que le proporcionaba una vegetación desmesurada, el poyo corrido donde se sentaba a tejer una anciana callada, la mesa sacada al patio donde mis padres y sus amigos hacían todas las comidas del día, sin horarios y confundidas las unas con las otras, el sabor de la quesada, dos niñas de largas trenzas, mejillas sonrosadas y nombres vetustos, el único remedio eficaz contra las ortigas.

Describí todo aquello lo mejor que sabía, dejando la impronta de mi inocencia literaria, tratando de ganarme a la audiencia con frases ostentosas y palabras redundantes, fingiendo un dominio del lenguaje que no poseía, pero suponía en el resto de mis compañeros de clase. Me llevó todo el domingo confeccionar un texto de dos caras con mi letra abigarrada de hormiga obrera. Y al anochecer, orgullosa de mi obra tras diez repasos, la di por finalizada con un punto final contundente que casi traspasa el papel. La inseguridad cultivada durante años de mansedumbre me impidió leérsela a Juan Antonio, quien, por otra parte, empezaba a dar muestras de inquietud por mi ensimismamiento.

El lunes, a las diez de la mañana, me presenté con mi carpeta estudiantil y el corazón palpitante en el aula asignada, donde supimos que el único miembro del grupo de sexo masculino había desertado. La dinámica de la clase seguiría un simple guion: varios alumnos leerían sus textos en la primera media hora, siendo criticados por el resto sin que el autor pudiera defenderse o explicarse ante dichos comentarios. El profesor esperaba que nuestro trabajo hablara por nosotras mismas, sin necesidad de aclaraciones adicionales.

Tras la lectura de dos relatos repletos de recursos fáciles y melodramáticos que, con total sinceridad, no tenían un nivel superior al mío, llegó mi turno. Con voz temblorosa empecé a desgranar aquella imagen esmeralda congelada en el tiempo, los sentimientos inocentes de una niña que aún no había aprendido el tamaño inabarcable del océano. Hablé del zumbido somnoliento de los insectos sobre los muros vestidos de verdín, de los juegos interminables en laderas tapizadas de margaritas canijas, de la humedad que se filtraba entre las grietas de las paredes y los poros de la piel, del abrigo pegajoso de la chaqueta al atardecer, de las manos arrugadas de mi madre, del sabor de la leche cruda y del aroma de las hortensias.

Aunque no pude ver su rostro porque estaba concentrada en la lectura, percibí de manera inequívoca cómo Pilar alzaba la cabeza y mantenía su mirada fija en mí.

Al finalizar la lectura, doblé la cuartilla, levanté la vista y escuché arrobada los tibios aplausos de mis compañeras, de la querencia perezosa de un buen putt en el hoyo tres. Cabeceé como muestra de agradecimiento.

Fue entonces cuando Pilar alzó la mano con todos los dedos extendidos, como una bañista ahogándose en mar abierto. Cuando el profesor le concedió la palabra, me miró con dureza y determinación y, con una rotundidad que todavía resuena en mis oídos, sentenció:

- Las hortensias no tienen olor.

No soy capaz de expresar con palabras el grado de humillación en el que me sumergió aquella afirmación. Me había parecido acertado incluir un ramillete de hortensias en el retrato del jardín, ya que abundaban en mi ensoñación y ayudarían a visualizar con mayor fidelidad aquel patio de mi infancia. Pero lo del aroma había sido una libertad que, en su momento, me pareció evidente. ¿Qué flor carece de olor? Pues eso, la hortensia. Un poco avergonzada, me arrellané en mi asiento tratando de desaparecer, sin apenas escuchar al profesor que intentaba restarle importancia a mi error. <<El diablo está en los detalles>>, apostilló, para después contarnos que todos los grandes narradores habían tenido deslices similares, empezando por Homero, que escribió que el perro de Ulises fue el único que lo reconoció tras veinte años de periplo por playas en guerra e islas malditas.

Escuché el resto de intervenciones con los brazos cruzados y las orejas palpitantes, la de Pilar incluida: un hermoso recorrido entre negrales y encinas junto a un río sediento de Castilla. Ni siquiera tuve valor de vengarme en el cuerpo de su relato con una crítica destructiva y rencorosa.

Cuando acabó la clase, traté de ganar la puerta en primer lugar para no tener que coincidir con mis compañeras en el pasillo; pero una mano se posó sobre mi hombro e hizo que me girara:

- Espero que no te haya molestado que te corrigiera. No quería ser impertinente ni hacerte sentir violenta -se disculpó Pilar con dulzura.

- No, si da igual -contesté.

- ¿Me dejas invitarte a un café para compensarlo?

Estaba en un momento de mi vida en el que todo lo que me rodeaba se había vuelto tedioso y repetitivo, como aquel personaje condenado a vivir el mismo día una y otra vez hasta que consiguiera hacer algo memorable en él; mientras, Pilar había hecho un pacto insatisfactorio con la soledad. Nos encontramos sin equipaje en un apeadero estrecho, esperando el regreso de un sentimiento que habíamos perdido por completo: la capacidad de sorprendernos.

Desde esa mañana, entre trenzas esponjosas y descafeinados de máquina, visitas a pequeños museos ignorados y patrullas sosegadas por parques asfixiados, me encandiló la forma honesta que tenía Pilar de contar las cosas, de abrir su corazón y el álbum de sus recuerdos para que yo echara un vistazo. Nunca se guardó ni ocultó nada, como si hubiera

decidido confesar todas sus flaquezas sin un filtro que las atenuara y pasar sobre sus virtudes sin exagerar su trascendencia.

Las conversaciones con la mayoría de nuestros amigos más íntimos -de Juan Antonio y míos, quiero decir-, con los cuales habíamos recorrido un camino de más de cuarenta años, no pasaban de ser un abanico de fórmulas manidas de compromiso y preguntas forzadas sobre hijos, nietos y conocidos comunes que, en realidad, nos importaban poco. Habíamos llegado a ese punto delirante en el que debíamos mordernos la lengua para no sacar determinados temas conflictivos, como la política, el fútbol o el dinero, algo que parece alejado del concepto de amistad, que se sobreentiende un prado donde crecen en abundancia la confianza y sinceridad. Ni siquiera el grado de afinidad con las vecinas del barrio, tras años de anécdotas de descansillo, podía llamarse estrecho; apenas un muestrario de charlas vacías, obvias, innecesarias: bueno, pues ya es viernes; parece que va a llover este fin de semana; ¿qué planes tenéis para el verano?; si es que cuando en marzo mayea...; cada vez que veo a tu chico ha crecido un palmo; al menos ahora los días son cada vez más largos; por cierto, ¿cómo está tu marido?; es que hay que ver cómo está "la cosa". Aunque "la cosa" tuviera decenas de acepciones diferentes dependiendo de la persona y los días siempre una duración invariable.

Durante nuestras interminables caminatas por el paseo marítimo, arrastrando los pies sobre la arena furtiva, cuando el sol liviano de mediodía confundía el calendario, Pilar me hablaba con pesadumbre de un hijo que marchó a Alemania para nunca volver. También me contó que se había divorciado siendo ya mayor, cuando dejaron de compensarle las salidas de tono injustificadas de su marido, la falta de comunicación y la indiferencia mutua; síntomas de una enfermedad que yo sentía en mis propias carnes. La misma noche de bodas, todavía alterados por la fiesta y las celebraciones, Pilar encontró un momento de reposo para advertirle que ella no iba ser una vieja estúpida amarrada a un hombre al que no amaba. Cumplió su amenaza el día que cogió la puerta y se largó, sin otra persona que ocupara su corazón ni más justificación que la necesidad de degustar los últimos sorbos de una vida demasiado corta como para desperdiciarla.

Recuerdo el día que me contó que había superado un cáncer de mama. Estábamos sentadas en la terraza del restaurante Mediterráneo, un espacio techado sobre la arena de la playa con vistas al espigón y al faro, donde llegaban las salpicaduras de sal y las olas indecisas. Los mejores momentos juntos los pasamos allí. Ella se había aficionado al gin-tonic, aunque hasta tres años antes no había probado ni una gota de alcohol, y yo la acompañaba con mis copitas de vino blanco helado que lloraban inconsolables al contacto con la brisa marina. Me habló con la misma soberbia naturalidad de siempre, como quien dice que ha ido al podólogo o se ha acabado el papel higiénico. Nadie se había enterado de su enfermedad ni de la mastectomía; solo una hermana ornitóloga que

vivía en Jaén y que pasó en su casa un par de fines de semana antes de levantar el vuelo rumbo al olvido. Ni su hijo en la Baja Sajonia ni su exmarido lo supieron nunca. Decía desencantada que, si alguno de ellos la hubiera llamado durante aquel duro proceso para interesarse por su salud o para comprobar si había flores en el balcón, les habría contado todo. Pero su relación había alcanzado ese punto de no retorno en el que ninguno se necesitaba para continuar con su existencia de manera ordenada. Su marido tenía nueva pareja, una ovejilla insustancial que consentía sus infidelidades con tal de que volviera a casa tras la refriega, y su hijo era un extraño al que no había sabido inculcar el afecto y respeto a sus mayores. Me dio coraje no haberla conocido durante ese trance, para que hubiera tenido una compañera que luchara a su lado y aligerara la carga del miedo a desvanecerse sin ruido para siempre.

Nuestra amistad nos rejuveneció a ambas, nos colmó el corazón de ansiedad por vernos, de ilusión por encontrarnos, de entusiasmo por sentirnos comprendidas y necesitadas. Discutíamos hasta la extenuación de literatura, de religión, de acontecimientos de la historia que parecían reeditarse, de política, de los paisajes remotos o cercanos que nos habían cautivado, de personajes de actualidad que sobresalían por su mediocridad; y lo hacíamos sin acritud ni recelo ni prejuicios, sin empeñarnos en tener razón, sino solo queriendo exponer nuestros argumentos, entendiendo con empatía los planteamientos opuestos, aunque no los compartiéramos. Todo ello hizo renacer en nosotras un interés por materias que habían pasado frente a nuestros ojos sin que les prestáramos atención. Leíamos con avidez títulos franceses y rusos, escuchábamos música iconoclasta, atesorábamos recuerdos incómodos y fábulas risueñas, veíamos películas y series clásicas con el único fin de mostrar nuestros hallazgos en la siguiente cita. Después de mucho tiempo, habíamos recuperado la hermosa sensación de ver cómo nuestras palabras no se perdían sin eco en el pozo de la intrascendencia.

Vivimos durante nueve meses un idilio inesperado, un enamoramiento sin sexo ni mentiras ni rigores ni convencionalismos, desbordadas por la necesidad imperiosa de llamarnos tres veces al día para desearnos buenos días, para decir: << ¿Qué vas a hacer hoy?>>, <<Te echo de menos>>, <<Tengo tanto que contarte...>>. Era recuperar la frescura de la infancia, la excitación de la pubertad y la emoción de la adolescencia: pasar las tardes sonriendo al recordar un chiste malo o una historia menuda que nos hizo reventar de ternura; llorar de felicidad con todos los dientes hasta que nos faltaba el aire; volver a acicalarnos, a preocuparnos por nuestro aspecto físico antes de un encuentro que creíamos irrepetible; desmenuzar las horas en busca de los instantes fugaces que antes pasaban inadvertidos y entonces tenían una trascendencia cósmica, como si nuestra amistad hubiera engrasado los pistones del motor y nos permitiera correr hasta donde nunca antes habíamos llegado. Experimentábamos un gozo arrogante y egoísta: el

placer de sabernos imprescindibles para otra persona.

Ya fuera por la constatación de haber encontrado al fin un alma gemela que nos complementaba o por el terremoto que derrumbó nuestros apolillados edificios interiores, aquella época relleno de afecto todos los huecos que antes habían sido horadados por la costumbre y la edad.

Por esa razón fue tan devastadora la noticia de que el cáncer se había reproducido, rebelándose contra Pilar y apoderándose de sus pulmones. Mi amiga, la única persona en todo el universo que me importaba en esos momentos, me lo contó en la misma terraza colgada sobre el mar, serena y pragmática. Junto al diagnóstico, me comunicó su decisión meditada e irrevocable de no presentar batalla. No estaba dispuesta a someterse de nuevo a pruebas, tratamientos y efectos secundarios para acabar de vuelta en la casilla de salida, pero debilitada y carcomida tras un sufrimiento innecesario. Yo, como quien se siente abandonada por un amor de juventud, traté de convencerla con todo el empeño que brotaba de mi tristeza infinita. Le rogué que recapacitara, le recordé que ahora no estaba sola, que yo siempre estaría a su lado, cuando y donde fuera, que la vida reconquistada había vuelto a ser útil y hermosa. Pero Pilar no encontró ánimos ni razones suficientes para seguir luchando.

Quiso, eso sí, hacer un último viaje conmigo. Me pidió que la llevara a ese jardín del norte donde fui tan feliz en mi infancia y donde hasta las hortensias tenían olor.

Pasamos dos semanas extraordinarias, repletas de naturaleza y conversaciones a media voz, como si temiéramos que alguien nos escuchara. Paseábamos por los prados verdes y negros hasta que Pilar se sentía cansada y nos sentábamos sobre un muro de piedras a respirar ese aire tan puro que nos mareaba, con los ojos cerrados y la frente alzada, recibiendo los rayos de sol que lamían nuestro rostro como una caricia divina, el silencio opresivo que parecía indecoroso destruir. Por las noches, cenábamos en el jardín umbroso, acompañadas de una botella de buen vino tinto y de licores ambarinos que nos ayudaban a recopilar recuerdos, tapadas con una manta confortable, indiferentes al dolor punzante de rodillas y corazón. Varios días acabamos juntas en la cama, abrazadas a las lágrimas de Pilar y a mis desvelos, susurrando deseos incumplidos y testamentos improvisados; y nos quedábamos dormidas hasta la salida del sol con las manos entrelazadas y la boca seca.

El día que volvimos en tren a nuestra ciudad, atravesando de costa a costa el país, me dijo, circunspecta, que le parecía que habían pasado tan solo veinte minutos desde que emprendimos el viaje en

sentido contrario, como si los días transcurridos hubieran volado tan rápido sobre nosotras como una estrella fugaz; como un sueño, como toda una vida:

- Lo mejor de saber que te mueres -me dijo- es que no tienes tiempo para arrepentirte.

La enfermedad estaba mucho más avanzada de lo que yo imaginaba y ella quería revelar, porque Pilar murió mes y medio después. En poco tiempo se había ido deteriorando de manera violenta y cruel, hasta rechazar la comida y la bebida en los últimos días, acechada por el malestar y el miedo, convertida en un pajarillo sin trino oculta en sus camisones de raso.

Junto a la cama donde murió, únicamente me encontraba yo, sujetándole la mano y sacándola una última sonrisa a regañadientes. Fue la última contradicción de una pareja construida a destiempo, llorando y riendo sin poder descifrar si ambos sentimientos no eran sino dos caras de una misma moneda; una sombra de júbilo en cada drama y de pesar en cada alegría.

En su último aliento no había temor ni reproches, solo resignación. Todas las decisiones que tomó en su vida, incluso las que se habían demostrado erróneas, le parecieron lógicas y certeras en su momento, cuando tuvo que arriesgarse y dar la cara, por lo que nunca perdió el tiempo en arrepentimientos estériles. Sí se lamentó de haberme conocido tan tarde, cuando quedaba poca arena bajo nuestros pies en el paseo marítimo. Me rogó que no les dijera nada a su marido y a su hijo. Prefería imaginar su cara de estupor y desconsuelo cuando descubrieran que había muerto sin que ellos lo supieran. Era una especie de venganza inocente por tantos años de desapego.

A mí me dejó un vacío abismal e inexplicable en el alma, mucho más profundo de lo que podía imaginar, como si tuviera un ovillo de pena en el centro del pecho que no me dejaba tragar.

Tras el entierro de Pilar y durante semanas, no tuve fuerzas para levantarme de la cama, incapaz de imaginar un nuevo mañana sin ella, una vuelta a la antigua cotidianidad, rodeada de espantapájaros sonrientes y conversaciones asépticas. Me enroqué en la idea estúpida de no volver a querer a nadie y aparté de mi lado a mis hijos y mi marido, en quienes concentré mi odio hacia un mundo que se había vuelto un poco más sucio y miserable. Caí en una honda depresión que me hizo despreciar todo lo que poseía, el aire que estaba obligada a respirar, los

espectros que me asediaban fingiendo preocupación. Pasaba el día sollozando en silencio, rota, perdida en la espiral de mis lamentaciones. Sólo quería morirme bajo las sábanas, agarrada a la mano de Pilar, atormentada por la fortaleza que ella había demostrado y a mí me faltaba para encontrar la salida del laberinto.

Cuando más hundida estaba, como un fogonazo en la oscuridad, recordé una de sus últimas frases, una de tantas sentencias que me dejaban sin respuesta ni argumentos. Mientras el dolor recorría su espalda y el sudor perlaba su frente, me pidió que, cuando ella ya no estuviera, hiciera un esfuerzo por subir la persiana y mirar por la ventana, porque la vida es como una buena cena: carece de interés si no tienes con quién compartirla.

Por eso empecé a escribir este relato: porque necesitaba hablar de mi amiga; para nunca olvidarla, para rememorar el tono seguro de su voz y de sus dedos afilados, de su sinceridad desbordante y su risa tremenda; ese "venga va", ese "míranos".

Estos párrafos son mi forma de recordar ese afecto que nos unió, tan intenso como efímero, tan bello como impetuoso, igual que los fuegos artificiales, cuya estela permanece en el cielo mucho tiempo después de que el sonido se haya extinguido.